

Juan José Alonso Millán

CUÉNTALO TÚ QUE TIENES
MÁS GRACIA



EDITA **A. Machado Libros**

editorialmachado@machadolibros.com • www.editorialmachado.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, incluido el diseño de portada, ni registrada en, ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo, por escrito, de la editorial. Asimismo, no se podrá reproducir ninguna de sus ilustraciones sin contar con los permisos oportunos.

© Juan José Alonso Millán

© de la presente edición: Machado Grupo de Distribución, S.L., 2023

REALIZACIÓN: A. Machado Libros

ISBN: 978-84-7774-469-6

DEPÓSITO LEGAL: M-25.898-2023

Impreso en España

*A mi amigo Nino Bastida,
recordando lo mal que se
pasa ensayando sin paracaídas*

Cuéntalo tú que tienes más gracia

Obra en dos actos

PERSONAJES

RITA:	Una que cuenta historias
LUCI:	Otra que también las cuenta
ESTHER:	Fría y codiciosa
SERAFÍN:	Hortera y avaro
GRACIELLA:	Argentina, muy fina
ADRIÁN:	Paleta, con problemas
MAYKA:	Aprendiza de golfa
JOSÉ MIGUEL:	Yuppie a la española

Lados, los del público
Época, entre primavera y verano del año 1989

Decorado

No varía en toda la obra. Se trata de la habitación de un hotel de cuatro estrellas de Madrid, situado en una zona moderna, como Azca o algo parecido. Tiene un confort funcional, sin llegar al lujo, aunque resulta agradable. No tiene más de cinco años y se encuentra en impecable estado.

Hacia el foro, las dos puertas practicables; la de la derecha es la que da acceso al cuarto de baño, y la de la izquierda, al pasillo; o sea, a la entrada en la habitación. En medio está la cama de matrimonio, y a ambos lados, dos mesillas de noche, con sus lámparas, radio, reloj, ceniceros, teléfono y timbres.

Empotrado en el lateral derecho, el armario, grande, con perchas. En frente, un ventanal con cortina que da a La Castellana.

El mobiliario y el atrezzo, que marque la acción de la obra. Luces indirectas, algunos cuadros.

Acto primero

(Al levantarse el telón, Rita limpia el polvo con una aspiradora. Va vestida con uniforme de camarera-doncella. Cierra el aparato, y al público.)

RITA.—Esto de hacer el amor y pasarlo bien, se está poniendo cada vez más difícil. ¿Saben por qué? Porque se le ha perdido el respeto. Y al perderse el respeto, se va perdiendo afición con tanto llamar a las cosas por su nombre, todo muy explicado, muy natural y muy científico; desaparece el misterio, el encanto de hacer algo pecaminoso. ¿Se acuerdan de cuando existía una censura, que prohibía todo lo relativo al sexo? ¿Entonces sí que se pasaba bien!

LUCI.—*(Desde el cuarto de baño.)* ¡Rita!... ¿Has terminado ahí?

RITA.—Oye, Luci... *(Recoge la aspiradora.)* ¿Tú no gozabas más cuando todo estaba prohibido?

(Sale Luci del cuarto de baño. Lleva el carrito clásico de hacer la limpieza en los hoteles.)

LUCI.—Yo siempre he puesto mucho de mi parte. Me invento historias con mi novio.

(Hacen la cama las dos.)

RITA.—¿Líos superimaginativos?

LUCI.—Que me acuesto con uno del Ayuntamiento. Eso le pone a un punto exagerado. Cuando le digo que además tiene carnet de UGT, ya es demasiado; me insulta, me pega y al final...

RITA.—La reconciliación.

LUCI.—Hay que echarle imaginación, si no... ruina.

RITA.—Yo hago poquísimo el acto con mi esposo, y para hacerlo tengo que asustarle.

LUCI.—¿Con Hacienda?

RITA.—¡Qué va!... Con que hay un golpe militar.

LUCI.—Vaya corte, guapa.

RITA.—¡Tú no sabes cómo fue el 23-F! No fueron veintitrés veces, pero pocas faltaron. Por eso, cuando estoy con ganas... «¡Ricardo, los tanques!»

LUCI.—No está mal. Pero, en cuanto se habla de la pasión y sus estimulantes, es que la esencia del erotismo ha muerto.

RITA.—Eso mismo les estaba contando aquí, a los señores. (*Las dos se dirigen al público con respeto.*) De verdad. Para que el frenesí vuelva a ser lo que siempre ha sido, de entrada no hay que disertar sobre él.

RITA.—Sino comentarlo en un susurro y sin levantar la vista del suelo.

LUCI.—Las habitaciones como esta, dedicadas a estos menesteres, deberían decorarse para sugerir mundos maravillosos insinuantes y excitantes.

RITA.—El amor pertenece a la clandestinidad. Los objetos para estimularlo no pueden hallarse en una tienda junto a un escaparate lleno de calcetines. Es una falta de respeto.

LUCI.—Su contemplación ha de ser privada... Y sobre todo, hablar de sexo es una tremenda falta de delicadeza.

(*Pausa.*)

RITA.—Me parece, Luci, que no nos hacen caso.

LUCI.—Pensarán. ¿Qué saben estas chicas...?

RITA.—Precisamente, nosotras sí que sabemos de esto un rato..., porque trabajamos en este hotel.

LUCI.—«Castellana-Azka-Building.» Un negocio de ahora.

RITA.—Alto *standing*. Pero nada sofisticado, al grano. Aquí no hay el misterio.

LUCI.—Todo al alcance del cliente. El barrio lo demanda así. Sin equívocos; al pan, pan, y al vino, vino.

RITA.—Y el problema es que aquí los clientes no quieren que el pan sea pan y menos el vino, que todos toman *whisky*.

LUCI.—No entienden nada, mujer. (*Por el público.*)

RITA.—¿Lo contamos, Luci?

LUCI.—Lo contamos.

(*Dejan lo que estuvieran haciendo.*)

RITA.—Nada de nada.

LUCI.—Un desastre.

RITA.—Un marcadillo totalmente aburrido.

LUCI.—Unas relaciones penosas.

RITA.—¿Cómo les diría yo? ¿Ustedes han visto una tertulia de la tele? Pues igual de apasionante.

LUCI.—Vamos, que no se imaginan cómo se aburren las parejas que vienen a esta habitación, sobre todo si el varón decide pasar un rato con una trabajadora del amor.

RITA.—Rellenar el impreso de la declaración de la renta se convierte en una aventura apasionante, comparado con esto de ligar.

LUCI.—Nosotras oímos, vemos...

RITA.—Nos cuentan. Sufrimos.

LUCI.—El señor que viene aquí una vez, no vuelve.

RITA.—O deciden prohibir estas cosas, o el oficio más antiguo del mundo tiene que echar el cierre.

LUCI.—¡Con la fama que ha tenido este país! ¡Si es que lo ponen imposible! La besan a una e inconscientemente se piensa en la «anti-baby».

RITA.—Estás viendo un capítulo de la serie «Santa Teresa» por la tele y te lo interrumpen para largarte un anuncio de preservativos.

LUCI.—Compra una el periódico que contribuyó a la transición democrática y no hay más que anuncios de «casas de masajes».

RITA.—Pero lo peor de todo es cuando se ponen trascendentes y nos dan por la tele un programa dedicado al sexo. Y aparece un filósofo.

LUCI.—Un cura.

RITA.—Un ginecólogo.

LUCI.—Un padre de familia.

RITA.—Y un gay.

LUCI.—Todos con carné.

RITA.—No de expertos, sino del PSOE.

LUCI.—Eso es la ruina.

RITA.—Con el barullo de la cultura acaba una haciéndose más lío que antes.

LUCI.—¿Sabían ustedes que en Estados Unidos las putas se anuncian por televisión?

RITA.—No hay más que llamar por teléfono.

LUCI.—Allí todo se hace por teléfono.

RITA.—Hasta hablar. En Italia, también por la tele hay un concurso de *streptase* para las amas de casa.

LUCI.—No sigas, Rita; creen que hablamos así porque tenemos una idea reaccionaria del problema.

RITA.—¿Sí? Entonces, les vamos a contar algunas de las historias que han ocurrido en esta habitación.

LUCI.—Y no se les ocurra dudar de lo que van a ver.

RITA.—Todo sucede cuando el hombre decide hacer el amor, y contrata los servicios de una profesional, que vive de su trabajo.

(Por cualquier parte entra Serafín y marca un número de teléfono.)

Se llama Serafín.

LUCI.—*(Ríe.)* ¡Rita, cómo eres!... ¡No me digas que vamos a contar...!

RITA.—Pues claro. Por alguna hay que empezar.

LUCI.—*(Ríe.)* ¡Es que esta es muy fuerte!

SERAFÍN.—*(Muy contento, alegre, canturrea, al teléfono.)* ¿Conserje?... ¿Qué pasa con el material, Joaquín?... ¡Pues venga, que es para hoy!... ¿Yo sueño? Tú no me conoces a mí... ¡Ahora soy como una fiera...! Oye, ya sabes cómo me gustan..., que no le falte de nada... Por kilo más o menos no vamos a discutir... Más bien callada y cariñosa... Venga, macho..., que estoy enorme.

(Cuelga muy seguro de sí. Es un perfecto cretino algo bebido. Entra en el cuarto de baño.)

LUCI.—Fue hace un mes más o menos.

RITA.—Ya lo han visto. El clásico listo de provincias, que viene a Madrid a pasar una noche y cree que esto es una aventura tipo «En busca del arca perdida».

LUCI.—Un tipo hortera, de los que a mí me caen como un tiro. De los que se creen graciosos y no hacen más que meter la pata.

RITA.—¿Lo cuentas tú o lo cuento yo?

LUCI.—¡No!... ¡Yo, no!... Cuéntalo tú, que tienes más gracia.

RITA.—Bien... *(Recoge sus cosas.)* ¿Está todo en orden?

LUCI.—Andando.

RITA.—O se vuelve a lo de antes, o los modernismos arruinan una de las cosas más divertidas de la vida entre un hombre y una mujer. Y, sobre todo, la más barata.

(Salen con el carrito y las cosas de la limpieza.)

LUCI.—Bueno, a ver cómo lo cuentas, que quede gracioso.

(Mutis de las dos mujeres por la puerta del pasillo. Suena el timbre del teléfono.)

RITA.—Pues verán ustedes; fue una cosa así.

(Sale del cuarto de baño Serafín muy deprimida, en calzoncillos, con camisa y corbata perfectamente anudada, calcetines y zapatos. Se está acabando de cepillar los dientes y habla con dificultad.)

SERAFÍN.—¿Dígame, por quién pregunta? *(Levanta el auricular. Habla falseando la voz.)* ¡Ah! ¿Eres tú, Joaquín?... Por si era de casa... Oye, si me telefonea una voz masculina, no me la pases; es mi mujer... No, en Alcoy, aquí me la voy a traer, pues no es nada Madrid... Oye, son cerca de las cinco de la mañana. ¿Y el material?... ¡Eres un genio!... ¿Cómo anda de parabólicas?... Tú ya sabes que yo soy muslero de toda la vida... Me gusta, sí señor, me gusta... Óyeme, ¿sobre cuánto me va a costar el invento?... Toda la noche no, un ratito...

Tengo hora en el Ministerio a las doce, así es que tengo que salir de aquí, de AZCA, a las nueve... ¿Una hora, cuánto?... Unos doscientos dólares, más o menos... ¿A cómo está el dólar, Joaquín?... Yo había pensado unos dos mil duros, tirando muy alto... ¡A mí qué me importa que esta tía solo conozca el valor del dólar y del yen japonés! (*Llaman.*) Trataré de arreglarlo con ella... ¡Ya verás cuando me vea! ¡Gratis! Oye, ¿y si no me va? Te la devuelvo, ¿eh?... He bebido un poco, pero no estoy ciego... Yo no la toco una mano sin ajustar el precio..., ya, ya... (*Cuelga.*) ¡A mí con trucos! (*Sigue sonando el timbre.*) ¡Me conozco yo todos los laberintos de la noche madrileña!

(Abre Serafín y en el umbral aparece Esther, muy llamativa, muy guapa. Elegante, con guantes y sombrero y un gran bolso. Tiene gran seguridad.)

ESTHER.—(*Entra decidida.*) Buenas noches. Oye, nada de aire acondicionado, me da alergia. Televisión, ni se te ocurra. Nada de música, distrae. Me mandan de abajo. ¿Tú has pedido material inflamable?

SERAFÍN.—Que uno pasa del vídeo del hotel. (*Cierra.*)

ESTHER.—(*Le mira.*) Oye, no estás nada mal.

SERAFÍN.—Para Madrid, enorme. En Alcoy no llamo la atención.

ESTHER.—De piernas andas macizo. Y las rodillas son dos castañuelas. Qué, ¿adicto al Alka-Seltzer?

SERAFÍN.—Estaba en el cuarto de baño, cuando llamaste, cepillándome los dientes... Un momento..., no teayas.

(Entra en el cuarto de baño. Esther irá sacando de su enorme bolso cuantos objetos se marquen a lo largo del cuadro. Ahora saca una libreta de notas y una cartulina, como una ficha.)

ESTHER.—(*Lee la ficha.*) ¿Te llamas Serafín Peláez Plomo?... ¿no? (*Se es-cucha a Serafín desde el baño hacer gárgaras.*) Casado y de profesión industrial... (*Va puntenando con un bolígrafo.*) Natural de Alcoy, Alicante...

SERAFÍN.—(*Off.*) Tengo una industria sumergida. Una fábrica de zapatos. (*Sale del baño.*) Oye..., ¿tú cómo sabes...?

ESTHER.—Los datos de la ficha me los dio el conserje. Me parecieron aceptables, por eso estoy aquí, pero como comprenderás tengo que computarlo. Firma aquí.

SERAFÍN.—¿Y esto...?

ESTHER.—La hora de empezar.

SERAFÍN.—(*Firma en la ficha.*) Toma, ponte esto.

SERAFÍN.—¿Qué es esto?

ESTHER.—Una pegatina. Colócatela en cualquier parte. Es para la identificación.

SERAFÍN.—(*Se la coloca en la camisa. Lee.*) Esther.

ESTHER.—Esa soy yo. Esther es mi nombre.

SERAFÍN.—No me gusta Esther. La mujer española, como Dios manda, debe llamarse Mari Carmen.

ESTHER.—Muy bien, Mari Carmen. Esther es tan solo el nombre del negocio. Oye, ¿se puede saber por qué me has recibido sin pantalones?

SERAFÍN.—Es lo normal. Y ahora me voy a quitar la camisa y luego... (*Muy torpe, la hace cosquillas.*) ¿Qué te ha corrido por el cuerpo? (*Ríe él.*)

ESTHER.—(*Se retira con suavidad.*) ¡Un escalofrío, Serafín! Cuidado, no vayas a perder la pegatina.

SERAFÍN.—¡Estás puestísima!... Parece que acabo de entrar en un Ministerio. ¡Mira que si estoy delante de un bien del Estado y yo sin enterarme! Nunca lo he hecho con pegatina.

(*Ríe estúpidamente.*)

ESTHER.—Es por si sales del cuarto, o hay un fuego, o me tengo que ausentar. Las que trabajamos en este hotel ponemos pegatinas para diferenciar la clientela. Mis clientes llevan pegatina color rosa.

SERAFÍN.—¿Pero ahora mismo no tendrás otros clientes?

ESTHER.—¿Que no tengo otros clientes? (*Consulta su bloc de notas.*) Mira, el de la 467, se supone que estoy pasando la noche con él. Un

asmático de Logroño. Un hombre muy educado, que lo que de verdad buscaba era dormir. He dejado en la discoteca a un listo, porque no llegamos a un acuerdo con el IVA. Y dentro de cuarenta y cinco minutos tengo hora con el dentista.

SERAFÍN.—¿Un puente?

ESTHER.—No, un ratito. Es un cliente fijo, muy formal. Está completamente borracho a esa hora, y lo único que le gusta es verme con un ligero y que le cuente lo que gana un dentista español en el Mercado Común.

SERAFÍN.—¿Y tú se lo dices?

ESTHER.—Hasta la última peseta.

SERAFÍN.—¿Y él, qué hace?

ESTHER.—Se muere de risa, me paga y se va a su casa.

SERAFÍN.—¡Vaya un tío más raro! ¿Y así todas las noches?

ESTHER.—No, todas no. Otras, como hoy, tengo que contarle lo que gana un dentista español, pero en el Tercer Mundo.

SERAFÍN.—¡Joder!... ¡Ahí se debe descuajaringar!

ESTHER.—Una noche hubo que llevarle a la Paz y ponerle oxígeno. *(De su bolso saca un walkie-talkie.)* Araceli. *(Habla al aparato.)* Soy yo, Esther, cambio.

(Se escucha en off la voz de Araceli. Serafín entra en el cuarto de baño y sale con los pantalones puestos.)

VOZ OFF.—Te escucho, nena.

ESTHER.—¿Cómo está eso? Cambio.

VOZ OFF.—Muerto, nena. Ruina.

ESTHER.—Si aparece por ahí don Genaro, dile que no podía dormir y que he salido a alquilar un vídeo. Corto.

VOZ OFF.—Un vídeo corto, pero porno.

ESTHER.—Llegará el dentista, que me espere en la habitación y que se vaya entreteniéndolo con el minibar. Dile que estoy de lleno en el estudio de Mercado. Cambio.

VOZ OFF.—¿Qué tal te orientas, nena?

ESTHER.—Estoy por Alcoy. Cambio.

VOZ OFF.—¡Qué gusto!

ESTHER.—No sé qué decirte. Es un caballero enormemente atractivo y culto; hortera puro, pero me parece que hay pasta. ¡Es mi noche, Araceli! Cambio y corto. (*A Serafín.*) Araceli es una compañera. Trabaja en la discoteca del hotel. ¿Quieres conocerla?

SERAFÍN.—(*Sale del baño.*) ¿Yo? ¿Para qué?

ESTHER.—Para que entre con nosotros. Es muy golfa y ha estudiado empresariales y le gusta la comida china. (*Cariñosa.*) Te advierto que entre Araceli y yo te íbamos a hacer locuras.

SERAFÍN.—¿Sí?

ESTHER.—Lo nunca visto. (*Con mimo.*)

SERAFÍN.—Por ejemplo.

ESTHER.—Bañarte. (*Cariñosa.*)

SERAFÍN.—¡Vaya una cosa! Yo soy limpiísimo. Mírame las orejas y el cuello...

ESTHER.—(*Muy cariñosa.*) ¿Qué, le digo a Araceli que suba? Y mientras yo te beso por el cuello, ella te come los dedos de los pies.

SERAFÍN.—¿Araceli se come los dedos de los pies de tus clientes...?

ESTHER.—¡No sabes de lo que es capaz Araceli cuando trabaja en equipo!

SERAFÍN.—Óyeme, Mari Carmen.

ESTHER.—Dime, ¿la llamo? (*Sigue muy insinuante.*)

SERAFÍN.—¿El número con tu amiga me va a costar más?

ESTHER.—Justamente el doble. (*Va a decir algo Serafín y ella le tapa la boca.*) Y no sabes lo que es la muchacha, puedes decirle lo que quieras, insultarla incluso, y no pasa nada. De tanto estar en la discoteca, se ha quedado sorda.

SERAFÍN.—Que digo que de pagar el doble, nada.

ESTHER.—(*Se retira de seducir.*) Ya. ¿Es que vas a mirar la peseta en una noche como esta...?

SERAFÍN.—¡Cuidado! ¡Cuidado, Mari Carmen! ¡Que cuando tú vas, yo vuelvo! A mí con la peseta no me engaña nadie. No sé si me explico.

ESTHER.—Punto. Borrada Araceli. Fantasías las justas, por lo que veo. (*Se quita el sombrero.*) Tú te lo pierdes.

SERAFÍN.—(*Cogiéndola de la cintura.*) Contigo tengo bastante, ¿no?

ESTHER.—Depende de lo que resistas, rey.

SERAFÍN.—Tienes las carnes como a mí me gustan. ¡Carmencita...!

ESTHER.—(*Muy a gusto.*) ¿Qué hace un hombre como tú en Alcoy?

SERAFÍN.—Zapatos, y exporto a Minessotta. En California mis zapatos me los quitan de las manos.

ESTHER.—¡Querrás decir... de los pies...!

(*Los dos ríen estúpidamente. Se abrazan.*)

SERAFÍN.—¡Muy bueno...! ¡De los pies...! ¡Qué más, graciosa!

ESTHER.—Sí..., tengo salidas para todo... (*Deja de reír.*) Oye, ¿me puedes dar mil duros?

SERAFÍN.—Sí, claro... ¿Ahora?

ESTHER.—Es que luego se me olvida. Ya sabes..., con la pasión.

SERAFÍN.—(*Las busca.*) ¡Y el chalao del conserje hablándome de divisas! (*Las coge.*) No me parece caro... Toma, lo tuyo. (*Se las da.*)

ESTHER.—Es la propina que tuve que dar al conserje.

(*De los billetes de Serafín le coge otro billete de cinco mil.*)

Hay que entenderlo, es su comisión. Y estas otras cinco son para el taxi. (*Se las guarda.*)

SERAFÍN.—¿Qué taxi?

ESTHER.—El taxi de mi casa aquí...

SERAFÍN.—Si estabas en la cama con uno de Logroño.

ESTHER.—¿Y aquí, cómo he llegado? ¿En metro? Una mujer como yo, en metro. No te gustaría a ti, rey. ¿No te importa darme otras cinco para el taxi de vuelta a casa?

SERAFÍN.—¿Otras cinco mil pesetas? ¡Oye!... ¡A mí, no!... ¡Tú a mí me tomas por... un membrillo!

ESTHER.—¡La gente se droga! ¡Están con el síndrome de abstinencia! Porque no encuentran el dinero necesario para comprar la mercancía. ¡Y cuando están en ese estado, roban, matan, violan para conseguirla! Y todo eso, ¿dónde crees que lo hacen? ¡En la puerta

de este hotel de madrugada! Y tú quieres que yo me eche a la calle a esas horas, porque estoy sin dinero para un taxi...

SERAFÍN.—Toma. (*Le da otros mil duros.*)

ESTHER.—Es algo tan horrible pedir para un taxi; si trabajara en otro oficio, me pagarías nocturnidad y las horas extra al doble.

SERAFÍN.—¡Bueno! ¡Basta! ¡Estamos aquí para pasarlo de cine! Dime, Mari Carmen... ¿Te entrecorto la respiración?

ESTHER.—Totalmente, me la entrecortas.

SERAFÍN.—¿Te pongo a cien cuando notas mi presencia?

ESTHER.—A mil por hora. ¡Qué a cien!

SERAFÍN.—Mírame. (*Se quita la corbata.*) Sin tapujos.

ESTHER.—¡Fascinante!

SERAFÍN.—Ahora voy a enseñarte el pecho.

ESTHER.—Es mucho para una noche, Serafín.

SERAFÍN.—¡Nada!... ¡Ahora, va fuera la camisa...!

ESTHER.—¡Ahí va...! ¡Vaya hombre!... ¡Será posible...! ¡Esto solo me pasa a mí! (*Muy caducada.*)

SERAFÍN.—¿Qué pasa, Mari Carmen?

ESTHER.—Mira, rey, qué ruina.

SERAFÍN.—¿Dónde tengo que mirar?

ESTHER.—Mis piernas, mira esta. (*Sentada le muestra una pierna.*)

SERAFÍN.—¡Mi madre! ¡Qué muslo!... ¿Lo puedo abrazar?

ESTHER.—Mira, una carrera. ¡Es que no gano para medias! Estas cosas me amargan la noche.

SERAFÍN.—Se compra otras y ya está. ¿Qué valen un par de muslos? Digo... ¿un par de medias?

ESTHER.—Las que yo uso, cinco mil pesetas.

SERAFÍN.—Como el taxi.

ESTHER.—El taxi, mil duros, y las medias..., sí que es casualidad.

SERAFÍN.—Toma. (*Le da el dinero.*) Y no hay que ir en taxi, ni llevar medias.

ESTHER.—Eres un caballero. No me había equivocado contigo.

SERAFÍN.—¿Contenta con tu Serafín?

ESTHER.—Loca. (*Se quita las medias.*) ¡Qué noche vamos a pasar! ¡Me temo, me temo! ¡Yo suelo entregarme pocas veces, pero cuando me entrego!

SERAFÍN.—Toda la noche, no; un ratito. Tienes dentista... ¿Recuerdas?

ESTHER.—Por un hombre como tú, no dejo al dentista, sino a todo el colegio de médicos. (*Va al teléfono.*) ¿Qué quieres tomar?

SERAFÍN.—Nada. Agua mineral sin gas. No me cabe una sola gota más de alcohol. Llevo toda la noche dándole al *whisky* y quiero estar contigo absolutamente consciente.

ESTHER.—Exacto. Tú moderado, no te perdonaría un fallo. Yo voy a picar algo, si no te importa. (*Levanta el auricular.*) *Room service*, por favor. (*Tapando el auricular.*) Hay servicio toda la noche. ¿Te pido un bocadillo?

SERAFÍN.—De tomate y jamón.

ESTHER.—Pan tumaca. Buena idea, resulta francamente afrodisíaco. (*Al teléfono.*) Habitación... ¿Cuál?

SERAFÍN.—Seis, ocho, nueve.

ESTHER.—(*Al teléfono.*) Seis, ocho, nueve. Un bocata de pan tumaca y agua mineral... sin gas..., sí, tome nota... Caviar, salmón, paté y una langosta..., la langosta no es de confianza..., pues más paté... Una botella bien fría de Don Perignon... Gracias. (*Cuelga.*) ¿Dónde estábamos, rey?

SERAFÍN.—(*Sacando del minibar una botella de agua.*) Para pedir mi agua, no hacía falta llamar por teléfono. (*Cabreado.*)

ESTHER.—Así me gusta. Tú con tu agüita mineral.

SERAFÍN.—¿Qué has pedido?

ESTHER.—¿Qué he pedido, cuándo...?

SERAFÍN.—Por teléfono.

ESTHER.—¡Ay, Serafín...! Yo estoy a lo que estoy..., al acto sexual. A la entrega absoluta, y no tengo la cabeza para otra cosa...

SERAFÍN.—¡Caviar, salmón, paté, langosta y Don Perignon! ¿O te crees que soy tonto?

ESTHER.—No pruebo bocado desde las nueve; han pasado largas horas y estoy desmayada. No querrás hacer el amor con una mujer disminuida, sin fuerzas...

SERAFÍN.—Ahí, en el minibar, hay quesitos en porciones.

ESTHER.—¡Serafín, no! Un hombre con tu clase, no le gusta decir a una mujer como yo, que para saciar su apetito recurra al que-

sito en porciones. ¡Si olvidamos el *savoir-faire*, estamos perdidos!

SERAFÍN.—Vale. ¿Quién va a pagar todo lo que has pedido?

ESTHER.—Ah, ¿era eso? Ni un problema, hombre. Mi cena y tu bocadillo lo pongo yo. Ya ves qué fácil.

(*Serafín lee la carta de precios.*)

SERAFÍN.—No hace falta. El bocadillo y el agua me lo pago yo. Mira lo que dice aquí. Don Perignon, doce mil; caviar, veinte mil...

ESTHER.—¡Ya está bien, Serafín!

SERAFÍN.—Salmón, seis mil. Langosta, S.M.

ESTHER.—¡He dicho que ya basta! (*Le quita la carta.*) ¿Tú te crees que a mí no me gustan las lentejas y los garbanzos, sobre todo el potaje y el puré de guisantes? ¿Tú has pensado en algún momento...? Óyeme bien, ¿tú has pensado en algún momento que yo no soy una fanática de la tortilla de patatas? Por favor, ¡qué incompreensión! Lo del caviar y el champán francés, lo he hecho por ti. Me sacrifico por ti. Quiero que pases una noche inolvidable.

SERAFÍN.—Sí, pero por otros motivos.

ESTHER.—Pero, ¿en qué cabeza cabe una noche loquísima a base de fabada y pescadilla y de postre, claro, una naranja? Con la fabada no se puede funcionar, y luego la peste que deja la naranja. El mundo del frenesí, que es lo que tú andas buscando, exige muchísimos sacrificios, muchísimos.

SERAFÍN.—Tú no has visto los precios...

ESTHER.—No quiero saberlo. Lo mío es un arte, no una chapuza. Yo rara vez estoy tan a gusto con una persona como esta noche. Y estoy dispuesta a realizar cualquier sacrificio para que esta noche sea una fiesta para ti. Y mis sacrificios están en la línea que has oído por teléfono. Y ni una objeción, ni una objeción.

SERAFÍN.—Dejemos eso. (*La abraza.*) ¡Pero no te enfades, Mari Carmen! ¡Vaya! Ya te has cabreado.

ESTHER.—Si es que me da rabia que no se comprenda el arte.

SERAFÍN.—Si la voy a pagar yo, tonta. Lo pondrán en mi nota y ya está.

ESTHER.—(*Muy cariñosa.*) Qué bueno eres, mi rey. Ah, no quiero que sigamos hablando más de ese horrible tema del dinero. Por cierto..., la costumbre es pagar antes..., por adelantado.

SERAFÍN.—Y yo lo prefiero.

(*Esther saca una calculadora y efectúa operaciones.*)

Porque luego pueden venir sorpresas... Ponme todo..., el total.

ESTHER.—¿Quieres recibo? Si te doy factura, tengo que ponerte el doce de IVA.

SERAFÍN.—No, ya puestos, yo prefiero que de esta juerguecita pague algo el señor Borrell, de manera que sin factura.

ESTHER.—Ya está. Un ratito te sale a cuatrocientos dólares, y toda la noche...

SERAFÍN.—En pesetas, Mari Carmen..., en pesetas. ¿A cuánto sale el pelotazo?

ESTHER.—(*Hace un cálculo rápido.*) Unas cincuenta mil. Y va todo incluido. ¿Barato, verdad, mi rey? Y cuando digo que va todo incluido, es que va todo incluido... ¡No sabes cómo lo vas a pasar!

SERAFÍN.—¿Y... sin que vaya todo incluido?

ESTHER.—¿Un aquí te pillo y aquí te mato?

SERAFÍN.—Más o menos.

ESTHER.—Oye, a mí no me gustan las chapuzas. (*Maneja su máquina de calcular.*) Mejor te quito el diez del IRPF y un descuento del ocho por ciento, como si no fuera la primera vez..., bueno, más o menos, cuarenta mil pesetas, y pierdo dinero. (*Guarda la calculadora muy contenta.*) Y tranquilo, Tarzán, que lo de aquí te pillo y aquí te mato era una manera de hablar. ¡A ti no hay quien te mate! Me voy a entregar a muerte.

SERAFÍN.—Es que yo había pensado una cosa de doce mil pesetas o, volviéndome loco, llegar a las quince.

ESTHER.—¿Doce mil?... ¡Tú no tienes vergüenza!

SERAFÍN.—Quince..., quince mil...

ESTHER.—¿Quince mil?... ¿A mí?

SERAFÍN.—Más bajo, Mari Carmen.

ESTER.—¡Qué coño, Mari Carmen!... ¡Esther!... ¡Por quince mil, doña Esther!

SERAFÍN.—Ya te llevo dado otro tanto... No te enfades, Mari Carmen.

ESTHER.—¡Suélteme!... ¡No se te ocurra tocarme...! (*Se empieza a arreglar.*) Y que no te oiga llamarme Mari Carmen más en tu vida.

Pero..., ¿dónde has leído que yo estaba de rebajas? ¡Mari Carmen!...

Llamarme Mari Carmen, como si estuviéramos aún en la dictadura.

SERAFÍN.—Ni para ti ni para mí, diez mil peladas. (*Pone todo el dinero encima de la mesa.*)

ESTHER.—Grosero. (*Habla con el walkie-talkie.*) Araceli, soy yo. Cambio.

VOZ OFF.—¿Cómo va eso?... ¿Divino, no?

ESTHER.—Me ha tocado un tieso. Como una regla, Araceli. Cambio.

VOZ OFF.—Dile que bajo enseguida, no le dejes marchar. Cambio y corto.

(*Guarda el aparato y recoge sus cosas.*)

SERAFÍN.—Tampoco es para ponerse así, doña Esther.

ESTHER.—¡Me pongo como me da la gana!... ¡Qué vergüenza!... ¡Me siento estafada! ¡Me han dicho de todo en mi vida, pero nunca que era una tía de tres mil duros; no llega ni a doscientos dólares!

SERAFÍN.—No digo que no valgas lo que pides. Es que llevo toda la noche de bar en bar, alternando, y se me ha terminado el dinero.

Te advierto que lo que me pedían estaba en esa cifra.

ESTHER.—¿Eran como yo?

SERAFÍN.—Más bajitas.

(*Inicia el mutis Esther.*)

ESTHER.—Y mucho menos apasionadas, ya lo puedes jurar. Chao, Serafín. No sabes lo que te has perdido. Es una pena que a mí no me vayan los pobres, y me da asco la clase media.

(*Va a abrir la puerta.*)